

Leer para crecer en libertad¹

Jaime Nubiola

Agradezco muy vivamente la generosa invitación del Instituto de Cultura de Chihuahua para encontrarme hoy aquí en esta magna celebración del día del libro. Esta invitación me ha permitido, además, dictar un curso sobre el pragmatismo y la filosofía contemporánea en la Universidad de Chihuahua a la que estoy muy agradecido también por su generosa hospitalidad. Agradezco de todo corazón la presencia del Sr. Gobernador, del Sr. Rector y de las demás autoridades locales. A la vez que comparto con ustedes mi experiencia lectora, mi discurso de apertura —que he titulado "Leer para crecer en libertad"— aspira a ser una invitación a leer a través de los testimonios de algunos literatos que con hermosas palabras defienden que la lectura es un medio insustituible para crecer en libertad personal y en vida democrática.

Acepté la invitación no sólo porque considero un gustoso deber atender siempre este tipo de compromisos, sino también porque como filósofo me parece una ocasión inmejorable para pensar en voz alta algo que pueda servir en la vida práctica de quienes me escuchan. Aspiro a que mis palabras no sean sólo informativas, sino acudiendo a la terminología del filósofo del lenguaje británico John L. Austin, que sean además *performativas*, esto es, que ayuden a cambiar los hábitos y la vida de quienes me escuchan. Los filósofos siempre queremos inducir cambios en la gente que tenemos a nuestro alrededor y eso trae a veces funestas consecuencias. Como saben bien, el primero de los filósofos, Sócrates, fue condenado a muerte por irritar a los poderosos de Atenas; en mi caso confío por lo menos en no irritarles y salir de este trance mejor parado.

Ha escrito mi maestro Alejandro Llano que "donde está la libertad, allí están los libros". Si leemos más libros llegaremos a ser más libres: leer ensancha nuestro vivir, porque amplía nuestras vidas con la

¹ Agradezco las sugerencias y correcciones de Marian Arribas, Fernando Batista, Gloria Balderas, Rafael Tomás Caldera, Enrique García-Máiquez, José de León, Izaskun Martínez y de mi padre Jaime Nubiola.

inteligencia y la sensibilidad de los demás. Si tenemos más libros en nuestras casas y más bibliotecas en nuestras ciudades, nuestra sociedad puede llegar a ser más culta y más democrática. Lo primero que hacen los violentos es quemar los libros y las bibliotecas; lo segundo es bloquear la capacidad de leer. Por eso lo que yo querría en este día tan especial es animarles a leer y sugerir algunas pistas prácticas acerca de cómo pueden hacerlo.

Voy a organizar mi exposición² en tres partes —siempre que no sepan cómo hacer una exposición, sigan la escuela francesa que enseña a hacer una introducción, tres partes y una conclusión: no es algo espectacular ni novedoso, pero no falla nunca. Con un auditorio tan ilustre como el que ahora tengo, me atreveré sin embargo a hablar en primer lugar de cómo leer; en segundo lugar, de cuánto leer y, en tercer lugar, de cuándo leer. Procuraré terminar con una conclusión que les invite a salir corriendo hacia la librería más próxima para llevarse dos o tres de las novelas maravillosas que allí tengan y leer al menos una de ellas con placer en este próximo fin de semana.

1. ¿Cómo leer?

Hay algunos libros que explican cómo leer, pero la mayor parte son muy aburridos. Recuerdo, por ejemplo, el libro que escribió Charles Van Doren con Mortimer Adler, *¿Cómo leer un libro?*, que sería parodiado al poco tiempo por uno de sus críticos que publicó con el pseudónimo Erasmus G. Addlepate *¿Cómo leer dos libros?*³. No lean ese libro de Adler, pues no dice lo único que —al menos a mí— me parece realmente importante en materia de lectura y que es lo siguiente: hay que leer por placer y con placer. Por este motivo, las campañas pedagógicas para animar a leer han servido de muy poco. Como escribía José Antonio Marina, "el sistema de enseñanza disuade de leer", pues "una parte importante de los profesores lee poco". Quien no haya descubierto el placer de la lectura en su infancia o en la primera juventud tiene que empezar por ahí, leyendo, leyendo mucho y por placer. No importa que lo que lea no sean las cumbres de la literatura universal, basta con que

² He utilizado para esta conferencia las ideas y algunos párrafos de la sección 1.5 de *El taller de la filosofía. Una introducción a la escritura filosófica* (Eunsa, Pamplona, 1999) y de mi artículo "Leer para vivir", *El juglar universitario*, nov-dic 2006, p. 13.

³ Frederick A. Stokes, New York, 1940: <http://www.lib.uchicago.edu/e/spcl/excat/ideas3.html>

atraiga su imaginación y disfrute leyendo. Si desea asomarse a un libro introductorio sobre la lectura le recomendaría el de Daniel Pennac *Como una novela*.

Hace unos pocos meses leí la novela *La elegancia del erizo*, uno de los libros más vendidos el pasado año en Francia, maravillosamente escrito por Muriel Barbery, una joven profesora de filosofía. Su protagonista, la señora Michel es la clásica portera de una casa de ricos de París que, bajo una apariencia vulgar, lleva una rica vida intelectual inadvertida a todos los vecinos. Un día, un nuevo vecino japonés, el señor Ozu, descubre la oculta veta intelectual de su portera, pues cuando se acercó a presentarse se le escapó a la portera la primera línea de *Anna Karenina*, "Todas las familias felices se parecen", mientras que el nuevo vecino japonés completaba la frase con su continuación de que "cada familia infeliz es infeliz a su propia manera".

La lectura resulta del todo indispensable en una vida de calidad: "Leemos para vivir"⁴, escribió Belén Gopegi. La literatura ensancha nuestro vivir y es la mejor manera de educar la imaginación; es también muchas veces un buen modo de aprender a escribir de la mano de los autores clásicos y de los grandes escritores y resulta siempre una fuente riquísima de sugerencias. "Leer no es, como pudiera pensarse, una conducta privada, sino una transacción social si —y se trata de un SI en mayúsculas— la literatura es buena"⁵. Si el libro es bueno, —prosigue el novelista Walker Percy— aunque se esté leyendo sólo para uno, lo que ahí ocurre es un tipo muy especial de comunicación entre el lector y el escritor: esa comunicación nos descubre que lo más íntimo e inefable de nosotros mismos es parte de la experiencia humana universal.

Como explica en *Tierras de penumbra* el estudiante pobre, descubierto robando un libro en *Blackwell's*, "leemos para comprobar que no estamos solos". Aquello era lo que le había enseñado su padre, un pobre maestro de escuela: el estudiante acaba encontrando sentido a su vida haciéndose profesor, recogiendo la linterna de la literatura recibida de su padre y pasándosela a otros.

Hace falta una peculiar sintonía entre autor y lector, pues un libro es siempre —en palabras de Andrés Amorós— "un puente entre el alma

⁴ B. Gopegui, "El otro lado de este mundo", *Babelia* 27 mayo 1995, p. 2.

⁵ W. Percy, *Signposts in a Strange Land*, Farrar, Straus & Giroux, New York, 1991, p. 358.

de un escritor y la sensibilidad de un lector"⁶. Por eso no tiene ningún sentido torturarse leyendo libros que no atraigan nuestra atención, ni obligarse a terminar un libro por el simple motivo de que lo hayamos comenzado. Resulta del todo contraproducente, aunque sean muchas las personas que dicen que eso lo aprendieron de su padre: aquel dicho "Libro comenzado, libro terminado" es la forma más contundente y devastadora de matar el gusto por la lectura. Hay millares de libros buenísimos que no tendremos tiempo de llegar a leer en toda nuestra vida por muy prolongada que ésta sea. Por eso recomiendo siempre dejar la lectura de un libro que a la página treinta no nos haya cautivado. Como escribió Oscar Wilde, "para conocer la cosecha y la calidad de un vino no es necesario beberse todo un barril. En media hora puede decidirse perfectamente si merece o no la pena un libro. En realidad hay de sobra con diez minutos, si se tiene sensibilidad para la forma. ¿Quién estaría dispuesto a empaparse de un libro aburrido? Con probarlo es suficiente"⁷.

¿Cómo leer? Recomiendo siempre leer con un lápiz en la mano, o en el bolsillo, para hacer una pequeña raya al margen de aquel pasaje o aquella expresión con la que hemos "conectado" y nos gustaría anotar o fotocopiar, y también llevar dentro del libro una octavilla que nos sirva de punto y en la que vayamos anotando los números de esas páginas que hemos señalado, alguna palabra que queramos buscar en el diccionario, o aquella reflexión o idea que nos ha sugerido la lectura. "El intelectual es, sencillamente, —escribía Steiner— un ser humano que cuando lee un libro tiene un lápiz en la mano"⁸. Lo importante es, por supuesto, no convertir la lectura en un trabajo penoso.

Seguro que les ha llamado la atención que después de leer el Evangelio, el sacerdote besa el libro. Timothy Radcliffe, en el libro que leía cuando preparaba este discurso, recordaba un delicioso artículo de Salman Rushdie a este respecto. Copio a Rushdie: "Crecí besando los libros y el pan. En nuestra casa, cada vez que alguien tiraba un libro o dejaba caer un *chapatti*, que era la palabra que usábamos para referirnos a la rebanada de pan untada con mantequilla, nos exigían no sólo que recogiésemos lo que se había caído, sino también que lo besáramos a modo de disculpa por haberles faltado al debido respeto. (...) En los hogares devotos de la India solía haber, y sigue habiendo, personas que tenían la costumbre de besar los libros sagrados, pero nosotros lo besábamos todo: los diccionarios y los atlas, las novelas de Enid Blyton y

⁶ A. Amorós, "Leer humaniza", *Vela Mayor* 2, 1995, p. 30.

⁷ O. Wilde, *El arte del ingenio*, Madrid, Valdemar, 1995, p. 113

⁸ G. Steiner, "El lector infrecuente", *ABC Literario*, 3 octubre 1997, p. 19.

los *comics* de Superman. (...) Jamás olvidamos nuestros primeros amores. El pan y los libros: alimento para el cuerpo y alimento para el alma".

Algunos libros habrá que leerlos muy rápido y otros muy lentamente o, quizá mejor, habrá que releerlos muchas veces y es entonces cuando más se disfruta. Pienso en la poesía o en los libros de pensamiento, pero es también lo que ocurre con el Quijote, que sólo llega a disfrutarse después de repetidas lecturas. Como dice mi admirado Rafael Tomás Caldera, los grandes libros "crecen con nosotros" a base de releerlos: "Uno es el libro que leemos en la adolescencia o al comienzo de nuestros años en la Universidad; otro es ese mismo libro leído años después, cuando la vida nos ha hecho vivir situaciones diversas y el corazón ha comenzado a madurar sus afectos más profundos". Oigamos a Alfonso Reyes "¡La consagración del recuerdo! La música conocida es más música, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces".

2. ¿Cuánto leer?

La mención del Quijote trae a todos a la memoria las cuitas de Alonso Quijano a quien "se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro". Sin embargo, conviene saber que la biblioterapia, la curación a través de la lectura, tiene una eficacia comprobada: "Aplíquese este libro en la parte enferma del paciente, y la cura puede ser milagrosa", dejó escrito Leopoldo Marechal.

La respuesta a la pregunta de cuánto leer es, por supuesto, la de que cuanto más mejor con tal de que eso no nos dificulte nuestro trabajo ni, por supuesto, la relación con los demás. Esta pregunta por el cuánto tiene que ver con la pregunta por cuántos libros leer a la vez: la experiencia universal es que pueden leerse dos o tres a la vez con tal de que estén asociados a lugares diversos: uno, por ejemplo, en el baño, otro en la mesilla de noche y otro en el bolso o en la cartera. Mi madre solía escoger sus lecturas, además de por el tema, por su tamaño: por ejemplo, le encantaba mi libro *El taller de la filosofía*, no sólo porque estaba escrito por un hijo suyo, sino porque le cabía en el bolso y podía llevarse a la peluquería. De forma semejante, guardo un buen recuerdo de mi paso por el ejército porque el uniforme reglamentario tenía unos bolsillos enormes en los muslos donde siempre llevaba sendas novelas o libros de ensayo con los que disfrutaba en los larguísimos tiempos perdidos que tenía entonces en mi país el servicio militar.

Esto de leer varios libros a la vez puede parecer un desorden, pero basta con comparar la lectura —*food for thought*— con el alimento para ver que no resulta tan descabellado. Cuando uno abre una caja de galletas, aunque sean de excelente calidad, no deja de tomar alimentos de otro tipo hasta haberla terminado.

¿En qué orden leer? No hace falta ningún orden. Basta con tener los libros apilados en un montón o en una lista para irlos leyendo uno detrás de otro y no tener en danza más de tres o cuatro. Está bien el tener un plan de lecturas, pero sin obsesionarse, porque se trata de leer sin más lo que a uno le guste y porque le guste. Al final eso deja un poso, aunque parezca que uno no se acuerda de casi nada. Yo suelo dar prioridad a los libros más cortos, eso favorece además la impresión subjetiva de que uno va progresando en sus lecturas. Otras personas gustan alternar un libro largo con uno corto.

¿Qué libros leer? Aquellos que nos apetezcan por la razón que sea. Un buen motivo para leer un libro concreto es que le haya gustado a alguien a quien apreciemos y nos lo haya recomendado. En este sentido, me gusta recordar los tres consejos que da el pensador estadounidense Ralph Waldo Emerson sobre las lecturas: "Las tres reglas prácticas que tengo para ofrecer son: 1) Nunca leas un libro que no haya aparecido hace al menos un año. 2) Nunca leas libros que no gocen de crédito. 3) Nunca leas más que lo que te apetezca".

El más importante para mí es, por supuesto, este tercer consejo, pero también es importante el primero que lleva a rechazar decididamente las novedades, los premios literarios, los libros y autores jaleados en la prensa, que son de ordinario tan penosos como los programas con más audiencia de nuestras televisiones. Sólo por excepción un premio literario ha de merecer nuestra atención: primero tenemos que leer muchísimos otros libros de calidad acreditada por el tiempo.

Una buena razón para leer un libro es la de haber leído antes con gusto algún otro libro del mismo autor y haber percibido aquella sintonía de la que hablaba antes. Conforme se leen más libros de un autor, de una época o de una materia determinada, se gana una mayor familiaridad con ese entorno que permite incluso disfrutar más, hasta que llega un momento que sustituimos ese foco de interés por otro totalmente nuevo. Durante muchos años, haciendo caso a aquel dicho del escritor catalán Josep Pla de que a partir de los cuarenta años quien sigue leyendo novelas es un perfecto imbécil, me pasé a la historia, la biografía y el ensayo, pero

en estos últimos tiempos he vuelto también a las novelas concentrando mi atención en un autor o en una temática. Así me leí hace un par de años todo Saint-Exupéry, después todo Primo Levi y la terrible experiencia de los campos de exterminio nazi, o también muchas obras de Sandor Marai o de Stefan Zweig, redescubiertos en Europa en estos últimos años. Entre las novelas que más me han cautivado en estos últimos tiempos están *La carretera* de Cormac MacCarthy y *En lugar seguro* de Wallace Stegner.

3. ¿Cuándo leer?

Quienes no leen suelen decir que no leen porque no tienen tiempo. Se trata de una respuesta muy razonable y convincente, pero quienes leemos no somos conscientes de que dediquemos mucho tiempo a la lectura, robándolo del sueño, del trabajo o de la atención de los demás. Simplemente el tiempo que los demás pierden con distracciones nosotros lo invertimos en disfrutar leyendo. Cuando viajo en avión compruebo siempre que hay dos tipos de seres humanos claramente diferenciados: unos que, cuando no duermen, comen o miran a la pantalla, hacen sudokus y crucigramas para disipar su aburrimiento y otros que disfrutan viajando porque van leyendo maravillosas novelas. Lo que quiero alentarles con mis palabras es a que —si no lo son ya— se pasen a este segundo grupo y comprobarán cómo las esperas tan frecuentes en los viajes se convierten en fascinantes aventuras.

Yo tengo asociados los aeropuertos en que me he quedado "tirado" a los libros que en ellos he leído. Por ejemplo, el 11 de septiembre del 2001 lo tengo indefectiblemente asociado a la lectura en los suelos del aeropuerto de México D. F. de *El club de los metafísicos* de Louis Menand. Me llevó casi nueve horas, era un libro voluminoso y en inglés, pero puede leerse realmente como si fuera una novela. Lo importante es ir siempre a todas partes con el libro que estemos leyendo para así aprovechar las esperas y los tiempos muertos. Recuerdo también un viaje largo por América del Sur con el libro de Paul Auster *Leviathan* en el fondo de la maleta, que me hacía esperar con ganas el momento de llegar al aeropuerto para poder seguir entonces leyendo tranquilamente. Déjenme que les cite un pasaje de C. S. Lewis en su *La experiencia de leer*: "Las personas con sensibilidad literaria siempre están buscando tiempo y silencio para entregarse a la lectura, y concentran en ella toda su atención. Si, aunque sólo sea por unos días, les es vedada esa lectura atenta y sin perturbaciones, se sienten empobrecidos"⁹.

⁹ C. S. Lewis, *La experiencia de leer*, Alba, Barcelona, 2000, p. 10.

Pero, realmente, ¿cuándo leer? Viene ahora a mi recuerdo la imagen de mi abuelo materno que, al vernos después de la cena enfrascados en algún libro —muchas veces la maravillosa *Enciclopedia Espasa* que tenía en su casa— solía decirnos: "Después de comer ni una letra leer". Para la sabiduría popular la lectura debía quizá dificultar la absorción intestinal y llevaba aparejada el riesgo de un corte de digestión. Hoy en día sabemos que esto no es así. Sabemos también que los españoles —algo parecido harán los mexicanos— dedican cerca de tres horas diarias como media a ver la televisión. Si tienen ustedes un buen libro al lado del televisor, comprobarán enseguida que les resulta más atractiva la lectura que el prestar atención a tantos anuncios de desodorantes o de coches. En todo caso, seguro que es posible en el fin de semana dedicar una o dos horas a la lectura sin necesidad de robar esas horas al sueño o a los demás.

4. Conclusión: leer para crecer en libertad

"Un día leí un libro y toda mi vida cambió." Con esta maravillosa frase — quizá la mejor del libro— comienza *La vida nueva*, la única obra que he leído del premio Nobel de literatura del 2006, Orhan Pamuk. Un sólo libro cambió la vida del protagonista de esa novela ambientada en Turquía, pero muchos libros, leídos con gusto, pueden cambiar también la nuestra. "Nacemos para saber, —escribió Gracián— y los libros con fidelidad nos hacen personas". Los libros cambian nuestras vidas porque ensanchan nuestra imaginación al fundirla con la de sus autores. "La pura fuerza de la literatura —ha escrito recientemente Antonio Muñoz Molina— es en sí misma el mejor antídoto contra cualquier dogma, al afirmar la riqueza, la ambigüedad, lo complicado y lo misterioso de la vida".

Recuerdo cómo hace cuatro años en Barcelona, mientras paseaba por la calle disfrutando de la primavera mediterránea, llamó mi atención el lema elegido por la ciudad para celebrar el 2005, "Año del libro y de la lectura": *Más libros, más libres*. Docenas de farolas aparecían engalanadas con los carteles de la celebración y en todas ellas figuraban estas palabras que parecen en un primer momento un acertado eslogan publicitario, pero que, si se piensa un poco, se advierte pronto que llegan derechamente al corazón de nuestra vitalidad democrática. No se trata sólo de un feliz juego de palabras, sino que mediante la permuta de una sola letra, ese lema abre un insospechado horizonte de sentido para la vida de cada uno y para la sociedad en cuanto tal: "Más libros, más

libres". Este juego de palabras entre "libros" y "libres" es un clásico. Ya lo usa Góngora que habla de "con pocos libros libres" (libres de expurgaciones!). Al ver aquel letrero repetido en las farolas venían a mi memoria las pesadillas totalitarias de la quema de libros por los bomberos en *Fahrenheit 451* y la cantidad de horas de televisión que consumen tantas personas. "Más televisión, menos libres; más libros, más libres" — repetía yo para mis adentros— y no sólo porque el consumo de televisión embote la mente —que la embota—, sino también por el tiempo disponible. Quienes ven cuatro horas diarias de televisión difícilmente tendrán tiempo para leer algo más que los titulares del periódico. "Creo —escribía Eduardo Mendoza no hace mucho— que fue el doctor Johnson quien dijo que los que no leen están condenados a vivir siempre en el presente".

Hace unos meses presté *El maestro de esgrima* de Pérez-Reverte a un estudiante universitario, atascado en primero de carrera, al que intentaba iniciar en la lectura. La pasada semana vino a devolverme el libro muy amablemente, diciéndome con total franqueza que no había podido leerlo porque no tenía tiempo. Pensé yo que aquel estudiante no tenía la suficiente apertura interior para comenzar a leer. Ese es el problema real, hay muchas personas que no tienen tiempo para la lectura: tienen tanto ruido dentro y tantas imágenes en sus ojos que no tienen la paz suficiente para comenzar a escuchar a los demás a través de los libros. Cada vez que terminamos un libro, podemos estar persuadidos de que —como escribe mi amigo Gabriel Zanotti— "le hemos ganado una batalla a la incomprensión". Los libros nos ayudan a descubrir que somos miembros de una formidable comunidad que trasciende el espacio y el tiempo; los libros ensanchan nuestra vida abriéndonos las puertas de la civilización, de la libertad y del amor.

"Quien lee y disfruta leyendo —me escribía Marian Arribas, una española profesora en Inglaterra— quiere que los demás también lean y disfruten. Hay un deseo de compartir lecturas y experiencias vividas a través de la lectura". Un libro lleva a otro y detrás de esa cadena de descubrimientos casi siempre hay personas concretas. La gratitud forma parte de la memoria y la lectura refuerza un sentido de comunidad, de generosidad, de apertura, de pertenencia a un grupo que no solo lee, sino que no cesa en su empeño de que todos encuentren su propio camino como lectores.

Debo terminar ya y quiero hacerlo con una expresión anclada en el corazón de todos los seres humanos y que —como ha hecho notar

Octavio Paz¹⁰— tiene equivalentes en todas las lenguas del mundo. Esta expresión son sólo dos palabras: *Muchas gracias*.

¹⁰ PAZ, O., "La búsqueda del presente", *El Extramundi*, I (1995), 151.